

que los circunstantes se inclinaron sobre el lecho para recoger los sonidos medio formados que se escapaban de sus labios lívidos; — espero que mi juez, lleno de clemencia, no olvidará el castigo que yo he sufrido sobre la tierra. ¡Veinte años, amigo, veinte años en esta horrible tumba! Mi corazón se ha desgarrado cuando murió mi niña, y no he podido ni abrazarla en su pequeño ataúd. Desde entonces, en medio de este ruido, mi soledad ha sido terrible. ¡Que Dios me perdone! ¡Ha visto mi agonía solitaria y prolongada!

Después de estas palabras el viejo unió las manos y murmuró algo más; pero tan bajo, que no podía oírsele. Después se durmió: los circunstantes le vieron sonreír.

Durante algunos minutos hablaron entre sí en voz baja; pero el carcelero que se había inclinado sobre la almohada, se enderezó precipitadamente.

—Ya está libre, — dijo.

Era verdad. Pero durante su vida había sido tan parecido á un muerto, que no se supo nunca en qué instante había espirado.

CAPITULO XLV

Donde se describe una tierna entrevista entre Mr. Samuel Weller y su familia. Mr. Pickwick da una vuelta al pequeño mundo que habita, y toma la resolución de mezclarse en él lo menos posible.

Algunas mañanas después de su encarcelación, Sam, habiendo arreglado la habitación de su amo con todo el cuidado posible, y habiendo dejado al filósofo confortablemente sentado junto á sus libros y papeles, se retiró para emplear una hora ó dos lo mejor que pudiera. Como el día estaba bello, pensó que una pinta de cerveza al aire libre podría embellecer su existencia mejor que nada.

Dirigióse á la taberna, compró su líquido, adquirió además un periódico de la antevíspera, dirigió una mi-

rada platónica á una joven lady que estaba ocupada en pelar las patatas; después abrió el periódico y lo dobló de manera que quedara á la vista la revista de tribunales. Leyó dos líneas y se detuvo para contemplar á dos individuos que concluían una partida. Cuando ésta terminó, Sam les gritó, *muy bien*; después miró en torno suyo para saber si la opinión de los espectadores coincidía con la suya.

Apenas se había recogido en el estado de abstracción necesaria, creyó oír que le llamaban de lejos. No se había engañado, porque su nombre pasaba rápidamente de boca en boca, y pocos segundos después el aire resonaba con los gritos de Weller, Weller.

—Aquí — exclamó Sam con voz estentórea. — ¿Qué hay? ¿quién me necesita? ¿ha venido un expreso á decirme que mi casa de campo se ha incendiado?

—Os llaman en la sala — dijo uno acercándose.

—Gracias — respondió Sam. Tened cuidado con mi periódico y mi cerveza; vuelvo en seguida. Si me llaman á la barra del tribunal, no harían más ruido que para esto.

Sam acompañó estas palabras con un golpecito dado en la cabeza del caballero arriba citado, el cual, no creyendo estar tan cerca de la persona por quien preguntaban, gritaba con todas sus fuerzas Weller. Después se dirigió á la sala. Cuando llegó, lo primero en que se fijaron sus ojos fué su padre, que estaba sentado en lo alto de la escalera, y con el sombrero en la mano vociferaba ¡Weller! cada medio minuto.

—¿Por qué rugís? — preguntó Sam impetuosamente. — Tenéis la apariencia de un soplador de botellas encolerizado. ¿Qué hay?

—¡Ah! — replicó Mr. Weller. — Yo empezaba á temer que hubierais ido á dar una vuelta por el parque.

—Vamos, no insultéis á la víctima de vuestra avaricia. Quitaos de ese escalón. ¿Por qué estáis sentado ahí? Esta no es mi habitación.

—Vas á oír una cosa buena, Samuelillo — dijo mister Weller levantándose.

—Esperad un minuto — dijo Sam; estaré todo blanco por detrás.

—Tienes razón, Samuelillo. Quitate eso — dijo mister Weller, mientras su hijo se sacudía la cal.

—Veamos ahora: ¿qué es lo que me tenéis que decir?

—Adivina á qué he venido aquí, Samuelillo — dijo Mr. Weller, retrocediendo un paso ó dos, mordiéndose los labios y frunciendo las cejas.

—¿Mr. Pell?...

Mr. Weller movió la cabeza, y sus mejillas se hin-

charon con la risa que trataba de reprimir.

—¿El cochero de los espejuelos?

Mr. Weller sacudió otra vez la cabeza.

—¿Quién es, pues?

—Tu madrastra, Samuelillo — exclamó el cochero á punto que sus carrillos parecía que iban á estallar; — tu madrastra y el hombre de la nariz roja. ¡oh! ¡oh! ¡oh!

Al decir esto, Mr. Weller tuvo un acceso de convulsiones mientras Sam le miraba sonriendo.

—Han venido para tener una pequeña conversación seria contigo, Samuelillo, — exclamó Mr. Weller enjugándose los ojos. — No les dejes sospechar nada de este acreedor desnaturalizado.

—¿Cómo, no saben quién es?

—No.

—¿Dónde están? — preguntó Sam, cuyo rostro repetía todas las muecas del viejo.

—En el desván, junto al café. Hemos dado un agradable paseo esta mañana al venir del mercado aquí; yo conduje la vieja al charaban; se puso un sillón para el de la nariz roja, y creo que le pusieron una escalera para que subiera.

—¡Bah! no es posible.

—Es verdad, Sammy, y yo hubiera querido que lo hubieras visto subir con las manos en la cintura, temiendo caerse á cada paso. A pesar de todo, subió al fin, y partimos.

Esta conversación llevó á nuestros dos personajes á la puerta de la sala; Sam se detuvo un instante, miró malignamente al respetable autor de sus días, después abrió la puerta y entró.

—¡Madrastra! — dijo abrazando cortésmente á la dama; — ¡cuánto os agradezco vuestra visita! Pastor, ¿cómo estáis?

—¡Ah! Samuel — dijo mistress Weller; — esto es espantoso.

—Un poco, señora. ¿No es verdad, pastor?

Mr. Stiggins levantó las manos al cielo y abrió los ojos de manera que no se le viera más que lo blanco, ó más bien, lo amarillo; pero no dió respuesta ninguna oral.

—¿Pero está malo este caballero? — preguntó Sam á su madrastra.

—Este excelente hombre está apesadumbrado de veros aquí.

—¡Oh! ¿no es más que eso? Al verle, creí que se había olvidado de poner pimienta en los últimos pepinos que comió. Sentaos; las sillas no se pagan.

—Joven — dijo Mr. Stiggins con ostentación, — temo

que no os enmendéis con la prisión.

—Perdón, señor; ¿qué es lo que tenéis la bondad de decir?

—Temo, joven, que este castigo no os sirva de escarmiento — repitió Mr. Stiggins con voz sonora.

—¡Ah! señor, sois muy bueno. Os doy las gracias por vuestra buena opinión.

Al llegar aquí, un sonido muy parecido á una cargada se oyó del lado donde estaba sentado Mr. Weller, y su mitad, al ver tal desacato, creyó conveniente sentirse atacada de los nervios.

—¡Weller! — exclamó, — venid acá.

(El viejo cochero estaba sentado en un rincón).

—Gracias, querida; estoy muy bien aquí.

Al oír esto, mistress Weller rompió á llorar.

—¿Pero, qué tenéis, mamá? — le preguntó Sam.

—¡Oh! ¡Samuel! vuestro padre me hace muy desgraciada. Nada le conmueve.

—¿Oís esto? mamá dice que nada os conmueve.

—Gracias por el cumplimento, Samuelillo; creo que no me conmoviera si me regalara una pipa.

Mistress redobló las lágrimas y Mr. Stiggins lanzó un gemido.

—¡Oh! también á este caballero le da algo — dijo Sam volviéndose; — ¿dónde tenéis el mal?

—En el mismo sitio, en el mismo sitio.

—¿Pero dónde es? — preguntó Sam con gran naturalidad.

—En mi seno, joven — respondió Mr. Stiggins apoyando su paraguas en su chaleco.

—Al oír esta tierna respuesta, mistress Weller, incapaz de contener su emoción, sollozó aun más ruidosamente, afirmando que el hombre de la nariz roja era un santo.

—Mamá — dijo Sam; — temo que este caballero esté un poco sediento, á causa del melancólico espectáculo que tiene ante sus ojos. ¿Es eso, mamá?

La digna lady miró á Mr. Stiggins esperando una respuesta; éste, haciendo grandes movimientos con los ojos, apretó su garganta con la mano derecha. é imitó el acto de tragar, para expresar que tenía sed.

—Samuel — dijo mistress Weller con voz doliente, — temo que estas emociones le hayan alterado.

—¿Qué es lo que tomáis ordinariamente, señor? — preguntó Sam.

—¡Ay, mi joven amigo! todas las bebidas no son más que vanidades.

—Es muy cierto, muy cierto — murmuró mistress Weller con un gemido y haciendo una señal de aproba-

ción con la cabeza.

—Yo también lo creo — dijo Sam; — ¿pero cuál es vuestra vanidad particular, señor? ¿qué vanidad es la que más os gusta?

—¡Oh, amigo mío! las desprecio todas; hay sin embargo, una que desprecio menos que las otras, y es el licor llamado rom; caliente, mi querido amigo, con tres terrones de azúcar por vaso.

—Eso me contraría mucho, señor, porque no me es posible vender esa clase de vanidades en mi establecimiento.

—¡Oh, corazones endurecidos! ¡corazones endurecidos! — exclamó Mr. Stiggins; — ¡crueldad maldita de esos tiranos perseguidores!

Después de haber dicho estas palabras, el hombre de Dios empezó á girar los ojos golpeando el pecho con el paraguas. Para hacerle justicia, habremos de decir que su indignación no fué floja ni ligera.

Cuando mistress Weller y el reverendo señor se hubieron desahogado contra las bárbaras reglas que impedían la satisfacción de aquella vanidad, y lanzado contra los autores gran número de execraciones piosas, pidió Mr. Stiggins una botella de vino de Oporto, mezclada con un poco de agua caliente, especias y azúcar, como una mezcla agradable para el estómago y menos abundante de vanidad que otras muchas composiciones.

Mientras se preparaba esta famosa mistura, el hombre de la nariz roja y mistress Weller se ocupaban en contemplar á Mr. Weller, lanzando gemidos.

—Espero, Sammy — dijo éste, — que te hallarás reanimado con tan agradable visita; una conversación alegre é instructiva, ¿no es cierto?

—Sois un réprobo — dijo Sam, — y os suplico que no volváis á dirigirme observaciones impías.

Lejos de quedar edificado por esta réplica llena de conveniencias, Mr. Weller reincidió en sus murmuraciones, y habiendo ocasionado esta conducta impertinente que la virtuosa dama y Mr. Stiggins cerrasen los ojos y se balancearan en las sillas como si hubieran tenido cólico, se permitió además el jovial cochero actos pantomímicos indicando el deseo de reblandecer la cabeza y de estirar la nariz del reverendo personaje. Estuvo en muy poco que no fuese descubierto, porque habiéndose estremecido Mr. Stiggins á la llegada del vino caliente, puso su cabeza en contacto violento con el puño cerrado de Mr. Weller, que describía hacia tiempo en torno de las orejas del reverendo fuegos artificiales imaginarios.

—¿Tenéis necesidad de adelantar la mano como un salvaje para tomar el vaso? — exclamó Sam con gran

presencia de ánimo; — ¿no veis que habéis alcanzado al caballero?

—No lo he hecho de intento, Sammy — contestó Weller un poco desconcertado por tan inesperado incidente.

—Señor — dijo Samuel al reverendo Stiggins, que frotaba su cabeza con aire dolorido; — ensayad una reparación interior. ¿Cómo encontraréis esto para vanidad, señor?

Mr. Stiggins no dió respuesta verbal, pero los gestos fueron expresivos; gustó el contenido del vaso que había colocado Sam ante él, puso su paraguas en tierra, sorbió de nuevo un poco de licor, pasó dulcemente la mano por el estómago y tragó en fin el resto de una sola vez, haciendo chascar los labios y tendiendo el vaso para obtener una nueva dosis.

Mistress Weller no tardó tampoco en hacer justicia al vino caliente; la buena señora había comenzado por protestar que no podía tomar ni una sola gota; aceptó en seguida una gota pequeña, después una gota grande, luego un gran número de gotas; y como su sensibilidad era aparentemente de la naturaleza de esas substancias que se disuelven en el espíritu de vino, á cada gota de licor vertía una lágrima, llegando á verse el cabo en un grado de sensibilidad enormemente patético.

Mr. Weller manifestaba un profundo disgusto observando estos síntomas, y cuando después de su segundo *bol*, Mr. Stiggins comenzó á suspirar de una manera terrible, el ilustre cochero no pudo contenerse en expresar su desaprobación, murmurando frases incoherentes, entre las cuales una colérica repetición de la palabra *borracho* era la sola perceptible al oído.

—Samuelito, hijo mío — balbuceó al fin, dirigiéndose á su hijo, después de una larga contemplación de su mujer y del hombre de la nariz roja; — voy á decirte lo que hay aquí; es necesario que haya algo desconocido en el interior de tu madrastra y de mister Stiggins.

—¿Qué es lo que queréis decir?

—Quiero decir que todo lo que beben no tiene sin embargo apariencias de alimentarlos. Todo se cambia en seguida en agua caliente, y viene á salir en seguida por los ojos. Créeme, Samuelillo, esa es una enfermedad orgánica.

Mr. Weller confirmó esta opinión científica con un gran número de guiños y movimientos de cabeza, que desgraciadamente fueron notados por mistress Weller; entendiendo esta amable señora que aquello debía encerrar alguna significación ultrajante para Mr. Stiggins

ó para ella misma, ó para los dos, iba á encontrarse ya mucho peor, cuando el reverendo poniéndose en pie como pudo, comenzó á balbucear un conmovedor discurso acerca de los beneficios de la buena compañía, y principalmente de la de Samuel Weller. Le amonestó especialmente para que estuviese prevenido en el pozo de iniquidades en que había caído; pero que se abstuviera de toda hipocresía y de todo orgullo, tomando modelo de él mismo (Mr. Stiggins). Llegó con esto á la agradable conclusión de que pronto sería como él, esencialmente sobrio y virtuoso, mientras que todos sus conocidos y amigos no serían más que miserables viciosos dejados de la mano de Dios, y sin ninguna esperanza de salvación. Esto, añadió Mr. Stiggins, es un gran consuelo. Le suplicó que evitase sobre todas las cosas el vicio de la embriaguez, que comparaba á los desagradables hábitos de los cerdos, ó á esas drogas malhechoras que destruyen la memoria del que las gusta. Desgraciadamente, en esta parte de su discurso el reverendo se hizo muy incoherente, y como estuvo á punto de perder el equilibrio, á causa de los grandes movimientos de su elocuencia, se vió obligado á cogerse al respaldar de una silla para asegurar la posición perpendicular.

Mr. Stiggins excitó á su auditorio á desconfiar de esos falsos profetas, de esos hipócritas, mercaderes de religión, que careciendo de la inteligencia necesaria para expresar las más sencillas doctrinas, y de un corazón á propósito para sentir los principios más rudimentarios, son más peligrosos para la sociedad que los criminales ordinarios, porque arrastran al error á los individuos más ignorantes ó más débiles, atrayendo el desprecio sobre lo que debía ser más sagrado, y que hacen nacer la desconfianza y el desdén hacia más de una secta virtuosa y honorable. Sin embargo, como Mr. Stiggins permaneció largo tiempo apoyado sobre el respaldar de la silla, teniendo uno de sus ojos cerrado y guiñando perpendicularmente el otro, es de presumir que pensase todo esto, pero que lo guardase para sí.

Mistress Weller lloraba á lágrima viva durante el curso de esta oración, y sollozaba al final de cada párrafo; Sam se había puesto á caballo sobre una silla, con los brazos apoyados en el respaldar, mirando al predicador con un semblante lleno de dulzura y compunción, y contentándose con echar á su padre alguna mirada de inteligencia, de vez en cuando. El viejo, en fin, que había parecido encantado al principio, acabó por dormirse.

—¡Bravo! ¡bravo! ¡precioso! — dijo Sam cuando Mr. Stiggins, habiendo acabado de meditar, comenzó á

meterse los guantes, rotos por las puntas de los dedos, que dejaban pasar bien la mitad de cada uno de éstos, con lo que tiraba.

—Espero que esto os servirá para bien, Samuel — dijo mistress Weller solemnemente.

—Yo lo espero también, mamá — dijo Sam.

—Desearía que sucediese lo mismo á vuestro padre.

—Gracias, querida — dijo Mr. Weller. — ¿Cómo os encontráis ahora, amor mío?

—¡Impío!

—Hombre pervertido — dijo el reverendo.

—Mi digna criatura — dijo Mr. Weller; — si no encuentro mejor luz que la vuestra, es probable que continúe viajando de noche hasta que me quede á pie de una vez. Pero mirad, mistress Weller, si la Pía, mi querido animal, permanece más tiempo en la cuadra, no estará tranquila cuando volvamos, y sabe Dios dónde enviará la silla con el pastor dentro.

Al oír esta suposición, el reverendo Stiggins recogió su sombrero y su paraguas con una consternación manifiesta, y propuso marchar en seguida. Mistress Weller consintió, y habiéndoles acompañado Sam hasta la puerta, les despidió respetuosamente.

—Adiós, Sam — dijo el viejo cochero.

—¿Qué es eso de adiós? — preguntó Sam.

—Buenas tardes, entonces.

—¡Ah! sí, ya estoy — replicó Sam; — buenas noches, viejo réprobo.

—Sammy — dijo por lo bajo Mr. Weller, mirando cuidadosamente en torno suyo: — mis respetos á tu principal, y dile que si hace reflexiones sobre este asunto me las comunique. Yo y un ebanista; tengo un plan... Un piano, Sammy, un piano — dijo Mr. Weller golpeando con la mano el pecho de su hijo, y retrocediendo después uno ó dos pasos para juzgar mejor el efecto de la comunicación.

—¿Qué es lo que queréis decir?

—Un piano forzado, Samuelillo — replicó Mr. Weller de una manera aun más misteriosa. — Uno que se pueda alquilar, pero que no tocará.

—¿Y para qué servirá entonces?

—Para decir á mi amigo el ebanista que se lo vuelva á llevar, ¿comprendes?

—No.

—Y no habrá máquina dentro; allí estarán cómodamente su sombrero y sus zapatos y respirará por los pies. Tenéis un pasaje dispuesto para la *Merica*. El gobierno de los mericanos no le dejará jamás, en tanto tenga dinero que gastar. El amo no tiene más que per-

manecer allí hasta tanto que mistress Bardell haya muerto ó que MMrs. Dodson y Fogg sean ahorcados, lo que es lo más probable entre ambas cosas, y en seguida vuelve y escribe un libro sobre los mericanos, y algo más, si los arregla convenientemente.

Mr. Weller expuso este rápido sumario de su complot con vehemencia, y en seguida, como si tuviera miedo de debilitar con otros discursos el efecto de tan prodigioso anuncio, hizo su saludo de cochero y huyó.

Sam había recobrado apenas su gravedad ordinaria, gravemente alterada por la comunicación secreta hecha por su respetable padre, cuando se le aproximó Mr. Pickwick.

—¿Sam? — le dijo.

—¿Señor?

—Quiero dar la vuelta á la prisión, y deseo que me sigas. Sam, — añadió aquel hombre excelente sonriendo; — mira un prisionero conocido tuyo, que viene hacia aquí.

—¿Cuál, señor? ¿El caballero velado ó el interesante cautivo de las medias azules?

—Ni el uno ni el otro. Es uno de tus amigos más antiguos.

—¿De mis amigos!

—Estoy seguro de que le recuerdas mucho ó tienes menos memoria de tus antiguos conocidos de la que yo creía; ¡silencio! ¡Ni una palabra, ni una sílaba, Sam! ¡Helo aquí!

Durante este coloquio. Mr. Jingle se aproximaba. No tenía el aire tan miserable, y llevaba vestidos á medio uso, retirados, gracias á Mr. Pickwick, de las garras del prestamista sobre prendas. Sus cabellos habían sido cortados y llevaba camisa blanca; pero estaba aun muy pálido y delgado, marchaba lentamente apoyándose en un bastón, y se veía desde luego que había sido rudamente probado por las enfermedades y las necesidades. Se quitó el sombrero cuando le saludó Mr. Pickwick, y pareció quedar bastante avergonzado al reconocer á Sam.

Detrás de él, casi pisándole los talones, iba mister Job Trotter, que no contaba al menos entre sus defectos la falta de apego á su compañero. Estaba aun desaviado y sucio, pero su semblante no se hallaba ya en el estado que cuando su primer encuentro con mister Pickwick. Quitándose también el sombrero ante nuestro bondadoso amigo, murmuró algunas expresiones entrecortadas de reconocimiento, añadiendo, que sin mister Pickwick habrían muerto de hambre.

—Bien, bien — dijo Mr. Pickwick interrumpiéndole con impaciencia; — permaneced detrás de Sam; quiero

hablaros, Mr. Jingle; ¿podéis caminar sin mi brazo?

—Siempre estoy á vuestras órdenes, señor. No muy vivo; piernas vacilantes; cabeza pesada; especie de temblor de tierra.

—Vamos, dadme vuestro brazo — dijo Mr. Pickwick.

—No, no quiero; prefiero marchar solo.

—¡Locura! apoyaos en mí, lo quiero.

Viendo que Jingle estaba confuso, agitado y no sabía qué hacer, Mr. Pickwick puso término á sus incertidumbres tomando del brazo al ex comediante y llevándolo tras sí sin añadir una palabra.

Durante este tiempo, el continente de Samuel Weller expresaba el asombro más monstruoso, la mayor estupefacción que es posible imaginar. Después de haber paseado sus ojos de Job á Jingle y de Jingle á Job en un profundo silencio, murmuró entre dientes:

—¡Imposible! ¡imposible!

Y repitió esta palabra una docena de veces, después de lo cual pareció completamente privado de palabra y volvió á emprender la contemplación, ya del uno ya del otro, en una muda perplejidad.

—Vamos, Sam — dijo Mr. Pickwick mirando detrás de sí.

—Aquí estoy, señor — contestó Sam, siguiendo maquinalmente á su amo, pero sin quitar los ojos de bob Trotter, que trotaba á su lado.

Durante algún tiempo, Job tuvo sus ojos fijos en la tierra, mientras Sam los fijaba sobre él, tropezando con los que pasaban, cayendo sobre los niños y agarrándose á las barreras sin notarlo, hasta que Job, mirándole de soslayo, le dijo:

—¿Cómo os va, Mr. Weller?

—¡Es él! — exclamó Sam.

Y habiendo restablecido con certidumbre la identidad, exhaló su emoción en una especie de silbido agudo y prolongado.

—Las cosas han cambiado para mí, Mr. Weller.

—El aire es de eso, — contestó Sam examinando con evidente sorpresa los girones de su compañero; — pero es un cambio en mal, como dice el caballero cuando recibe una moneda falsa por una media corona.

—Tenéis razón — replicó Job sacudiendo la cabeza; — no hay, sin embargo, decepción ya, Mr. Weller. Las lágrimas — añadió con expresión de malicia momentánea, — las lágrimas no son la sola prueba del infortunio ni las mejores.

—Es verdad — exclamó Sam con tono expresivo.

—Pueden ser supuestas, Mr. Weller.

—Lo sé. Hay personas que las tienen siempre á pun-

to, y las dejan correr cuando quieren.

—Sí, mas ved cosas que no son fingidas, Mr. Weller; y para llegar á ellas, el procedimiento es largo y penoso.

Hablando así, mostraba Job sus mejillas hundidas, y remangando su levita, descubría un brazo tan temblón y descarnado, que parecía iba á romperse al menor choque.

—¿Qué es, pues, lo que habéis hecho? — exclamó Sam retrocediendo.

—Nada.

—¿Nada?

—Hace muchas semanas que no hago nada, y que no como tampoco.

Sam abarcó con una mirada la enjuta figura de mister Trotter y sus miserables vestidos, y cogiéndole después por el brazo, empezó á arrastrarle á viva fuerza.

—¿Dónde vais, Mr. Weller? — exclamó Job tratando vanamente de desasirse de la mano poderosa de su antiguo enemigo.

—Venid, venid — respondió Sam sin dignarse darle otra explicación. hasta el momento en que llegaron á la cantina y pidió un tarro de cerveza que sirvieron en seguida.

—Ahora — dijo Sam, — bebedme eso hasta la última gota y volved en seguida á poner el tarro ahí encima, para hacerme ver que habéis tomado la medicina toda entera.

—Mas, mi querido Mr. Weller...

—Tragadme eso — repuso Sam con entonación peyoratoria.

Amonestado de este modo. llevó Mr. Trotter el tarro á los labios y elevó el fondo lentamente y de una manera casi imperceptible; una vez tan sólo se detuvo para respirar con amplitud, pero sin apartar el bote de su cara; algunos momentos después, cuando le sostuvo con el brazo tendido y el fondo en alto, no cayó nada de él, á no ser dos ó tres copos de espuma que se desprendieron lentamente de los bordes.

—Bien apurado — dijo Sam; — ¿cómo os halláis después de esto?

—Mejor, señor; mucho mejor, me parece.

—Necesariamente; es como cuando se mete gas en un globo; os vais poniendo más gordo á la simple vista; ¿qué diríais de otro vaso de la misma tisana?

—Tengo bastante, caballero; os doy las gracias; pero tengo bastante.

—Y bien, entonces, ¿qué diríais de alguna cosa más sólida?

—Gracias á vuestro digno principal, hemos tenido á las tres una media cazuela de carne cocida con patatas.

—¿Cómo! ¿es él quien os ha dado provisiones?

—Sí, señor; y más que eso, Mr. Weller; como mi amo está un poco malo, ha alquilado una habitación para nosotros; estábamos antes en un cubil; vino á vernos por la noche, cuando nadie podía esperarlo. Mr. Weller. — continuó Job derramando lágrimas reales esta vez, — sería capaz de servir á ese hombre hasta caer muerto á sus pies.

—Cachaza, amigo mío, haced el favor de no realizar eso — exclamó Sam.

Job Trotter le miró con aire admirado.

—Os digo que no entiendo una palabra de eso — prosiguió Sam con firmeza. — Nadie le servirá excepto yo; y pues que hablamos de ello — continuó, pagando la cerveza, — voy á revelaros á mi vez otro secreto. No he oído jamás decir, ni leído en ningún libro de historia, ni visto en ningún cuadro, un ángel con pantalones y chaleco; no, ni aun en el teatro; pero á pesar de eso, os digo, Job, que es un verdadero ángel, un ángel de pura sangre, y desearía que me enseñaseis al hombre que sea capaz de sostener lo contrario.

Habiendo proferido esta provocación, que confirmó con numerosos gestos, se embolsó Sam la vuelta de su moneda y se fué en pos del objeto de su panegírico.

Mr. Pickwick estaba todavía con Jingle, y le hablaba vivamente sin mirar hacia los grupos variados y curiosos que les rodeaban.

—Bien — decía cuando Sam y su compañero se acercaron; — ya veréis cómo os va, y mientras tanto, reflexionad en ello. Cuando os encontréis bastante fuerte, me lo diréis y hablaremos. Ahora, volved á vuestra habitación; tenéis el aire fatigado, y no estáis en estado de permanecer mucho tiempo fuera.

Mr. Alfredo Jingle, á quien no restaba un destello de su antigua vivacidad, ni de la sombría desesperación de que había hecho alarde el primer día en que mister Pickwick le encontró en su miseria, saludó muy bajo sin hablar, y se alejó con lentitud, después de haberle hecho señas á Job para que no le siguiera inmediatamente.

—Sam — dijo Mr. Pickwick mirando en torno de sí con buen humor; — ¿no has encontrado curiosa esta escena?

—Ya lo creo, señor — respondió Sam.

Y añadió hablando consigo mismo:

—Los milagros no han acabado; ved á ese Jingle

cómo se pone también á la parte de los que hacen jugar las bombas de los ojos.

En la parte de la prisión donde se encontraba entonces Mr. Pickwick, el espacio circunscripto por los muros era bastante extenso para formar un buen juego de pelota; uno de los lados de él estaba cerrado por el muro mismo y el otro por la parte de la prisión que tenía vistas sobre San Pablo, ó mejor dicho; que hubiera tenido vistas sobre esta catedral, si se hubiera podido ver al través de la muralla. Allí se encontraban un gran número de deudores en movimiento ó en reposo, en todas las actitudes posibles de una inquieta tristeza. La mayor parte esperaba el momento de comparecer delante del tribunal de los insolventes; los demás eran enviados á prisión por cierto tiempo, que se esforzaban en pasar como mejor podían; algunos tenían un aire miserable; á otros no les faltaba cierto cuidado; el mayor número estaba desaseado; el menor menos mal puesto; pero holgazaneando, desperezándose ó arrastrándose, parecían prestar á todo tan poco interés y tener tan escasa animación, como los animales que van y vienen detrás de las cuerdas de un redil; otros prisioneros pasaban el tiempo en las ventananas que daban sobre los paseos; de éstos conversaban ruidosamente los unos con sus conocidos de abajo; los otros jugaban á la pelota con algunos venturosos personajes que les *servían* desde fuera; otros, en fin, miraban á los jugadores de pelota, ó á los chicos que pregonaban el juego; mujeres mal vestidas pasaban y repasaban en chancas, para dirigirse á la cocina, que estaba en un rincón; en otro, gritaban los chicos, jugaban y se pegaban. Los gritos de los jugadores y los golpes de pelota se mezclaban perpetuamente á estos mil ruidos diversos; todo era movimiento y tumulto, excepto en un miserable rincón, donde yacía pálido é inmóvil el cuerpo del prisionero muerto la noche precedente; ¡el cuerpo! ese es el término legal con que se expresa esa masa turbulenta de cuidados, de ansiedades, de afectos, de esperanzas, de dolores que componen al hombre vivo; el cuerpo del prisionero estaba rígido, testigo espantoso de los cuidados de tan buena madre.

—¿Queréis ver una tienda *desecante*, señor? — preguntó Job Trotter á Mr. Pickwick.

—¿Qué queréis decir? — respondió éste.

—Una tienda *desecante* — observó Sam.

—¿Y qué es eso, Sam?

—¡Bah! señor, es una tienda donde se venden licores; se explica con ella que está prohibido introducir licores espirituosos en las prisiones de los deudores; pero siendo este artículo singularmente apreciado, algunos

carceleros especuladores, persuadidos por ciertas consideraciones lucrativas, se han decidido á permitir á dos ó tres prisioneros despachar en sus habitaciones el regalo favorito de las damas y caballeros reducidos á prisión. Este uso, — continuó Job, — se ha ido introduciendo paulatinamente en todas las prisiones por deudas.

—Y es muy ventajoso — exclamó Sam, — porque los vigilantes tienen cuidado de apoderarse de todos los que se dedican al fraude y no les pagan, y cuando esto sucede, son muy elogiados en los periódicos por su vigilancia; de manera que se matan dos pájaros con una piedra; pues con ellos impiden á los demás que hagan el comercio, y sostienen una reputación.

—He aquí la cosa — añadió Job.

—¿Pero es—añadió Mr. Pickwick—que no se visitaban jamás esas habitaciones para saber si contienen bebidas espirituosas?

—Sí, ciertamente, señor; pero los vigilantes lo saben de antemano, previenen á los *desecantes*, y entonces... ¡vé á ver quién viene, Juan! y el inspector no encontraba nadie.

En tanto que se cambiaron de una parte y otra estas explicaciones, llamó Job á una puerta que fué inmediatamente abierta por un caballero mal peinado, se echó después cuidadosamente el cerrojo, y después que el caballero *desecador* miró á los recién venidos riendo, Job se puso también á reír, y Sam hizo otro tanto. Mr. Pickwick, pensando que se esperaba lo mismo de él, conservó un aspecto sonriente hasta el fin de la entrevista. El caballero mal peinado pareció comprender perfectamente esta silenciosa manera de entrar en negocio. Sacó de debajo de su lecho una gran botella que podía contener sobre un par de pintas, y llenó de ginebra tres vasos, que Job y Sam se apresuraron á despachar hábilmente. — ¿Queréis más? preguntó el caballero *desecante*. — No, gracias, dijo Job Trotter. Mr. Pickwick pagó, se quitó el cerrojo de la puerta, y como en aquel momento pasaba Mr. Roker, el caballero mal peinado le saludó amigablemente con la cabeza.

Al salir de allí, bajó Mr. Pickwick por las galerías y las escaleras, dando otra vez la vuelta á la casa.

A cada paso, en cada persona le parecía ver á Mivins y Smangle, y al vicario y al carnicero, porque toda aquella multitud parecía compuesta de individuos de una sola especie. La misma sociedad, el mismo tumulto, el mismo movimiento, los mismos síntomas característicos en todos los ángulos, lo mismo en los mejores que en los peores. Había por todas partes algo de turbulento y de inquieto, viéndose toda clase de gentes que se re-

unía y se paraba, como se ven pasar las sombras en los sueños de una noche agitada.

—Ya he visto bastante — dijo Mr. Pickwick, echándose en una silla, en un cuartito. — Mi cabeza está fatigada de estas escenas estrepitosas y mi corazón también. En adelante, seré prisionero en mi misma habitación.

Mr. Pickwick cumplió la palabra. Durante tres largos meses permaneció encerrado todo el día, no saliendo por la noche más que á respirar el aire, cuando la mayor parte de los otros prisioneros estaban en la cama, ó se regalaban en sus habitaciones. Su salud comenzaba á resentirse evidentemente con tan rigurosa reclusión; pero ni las reiteradas súplicas de sus amigos y de Mr. Perker, ni las advertencias aun más frecuentes de Sam, pudieron decidirle á cambiar una jota en su inflexible resolución.

CAPITULO XLVI

Donde se refiere un acto de delicadeza conmovedora, realizado por M^{rs}. Dodson y Fogg, no sin cierta dosis de broma.

Hacia el fin del mes de julio, un cabriolet de alquiler, cuyo número no se ha especificado, avanzaba rápidamente hacia Goswell-Street. Iban en él tres personas, además del conductor, colocado como de ordinario en su asiento del lado. Del testero pendían dos chales, pertenecientes según toda la apariencia á dos señoras de aspecto agrío, sentadas en dicho testero. Un caballero grueso y sumiso estaba cuidadosamente comprimido entre las dos damas, siendo inmediatamente regañado por la una ó por la otra, en cuanto aventuraba cualquier observación, por ligera que fuese. Estos tres personajes daban al mismo tiempo instrucciones contradictorias al cochero, que todas tendían al mismo objeto; detenerle á la puerta de mistress Bardell; pero en tan-

to que el grueso caballero pretendía que esta puerta era verde, las dos damas sostenían que era amarilla.

—Cochero — decía el caballero, — parad en la puerta verde.

—¡Qué sér tan insoportable! — exclamó una de las damas. — Cochero, deteneos en la casa que tiene la puerta amarilla.

El cochero, que había detenido su caballo tan bruscamente que por poco vuelca el cabriolet para parar á la puerta verde, al oír la nueva indicación se dejó caer sobre sus piernas diciendo:

—Arreglado entre vosotros. Para mí es igual.

La disputa volvió á comenzar con nueva violencia, y como una mosca atormentara al caballo en la nariz, empleó el cochero humanamente su odio en azotarle las orejas, siguiendo el sistema medicinal de los revulsivos.

—La mayoría es la que decide — dijo al fin una de las damas. — Cochero, la puerta amarilla.

Cuando el cabriolet hubo llegado triunfalmente delante de la puerta amarilla, haciendo más ruido que un carronato, siguió la observación de una de las damas, y después que el cochero bajó para ayudar á éstas, la cabecita redonda de Mr. Bardell se dejó ver en la ventana de una casa que tenía la puerta roja, algunos números más allá.

—¡Sér insoportable! — exclamó la primera dama, lanzando al caballero grueso una mirada capaz de reducirle á polvo.

—Pues, querida, tanto es vuestra la falta como mía.

—¡Callaos, imbécil! La casa de la puerta roja, cochero. Si ha habido alguna pobre mujer á quien se haya reunido con una criatura que se complazca en ponerle en ridículo ante los extraños, puedo vanagloriarme de ser esa mujer.

—Debíais moriros de vergüenza, Raddle, — dijo la segunda dama, que no era otra que mistress Cluppins.

—Pero, decidme al menos: ¿qué es lo que he hecho?

—Callaos bruto, no me hagáis olvidar la secta á que pertenezco, y me rebaje hasta pegaros.

Durante esta conversación matrimonial, el cochero conducía al caballo ignominiosamente por la brida, y se detenía delante de la puerta roja, que Mr. Bardell había abierto ya. ¡Qué manera de presentarse delante de la puerta de una amiga! En vez de llegar con todo el fuego, con toda la furia del noble corcel, en vez de hacer que el cochero llamase á la puerta, en vez de abrir la portezuela con estrépito, y en el momento preciso para no sufrir una corriente de aire, en vez de hacerse